

A tumba abierta

Por Luis Bagué Quilez

Poesía. A VECES EL CRÍFICO debe asumir que no hay más sujeto poético que el poeta que arde en los versos. Este planteamiento se impone con evidencia al hablar de los últimos ganadores del premio Gil de Biedma. *La sentencia*, de Santiago Castelo (el premio), y *Crónica natural*, de Andrés Barba (el accésit), son dos libros escritos a tumba abierta, en los que se suprime la distancia entre el yo y el enunciador. La propia muerte, en el caso de Castelo, y la del padre, en el caso de Barba, aportan la sustancia física y metafísica a unas páginas que se insertan en el perímetro de la no ficción.

Publicado pocos meses después del fallecimiento de su autor, *La sentencia* se abre con el veredicto de una enfermedad inominada, de la que el libro será a un tiempo testimonio y terapia: "Se cerró la memoria / y cayó la sentencia como una guillotina / que lo arrasase todo. El mundo era distinto". Desde ese momento, se erige en un estremecedor diario lírico que oscila entre un presente que se escapa y un pasado vitrificado en espejismo. La concepción de la enfermedad como aprendizaje vital vertebró un discurso en el que comparecen el dolor, las ruinas del cuerpo y la reactivación de tópicos que creíamos ya calcificados. Sin embargo, cuando el patetismo asoma, Castelo muestra un ágil regate humorístico o apela a la rotundidad de los clásicos, según se aprecia en sus décimas y sonetos. Puesto ya el pie en el estribo, el poeta avanza hacia 'La otra orilla' con la misma actitud heroica y resignada con la que los gladiadores romanos se lanzaban a la arena: "Sin dolor ni nostalgia".

Por su parte, *Crónica natural* es un libro escrito para "hacer el duelo" por la muerte de su padre y "sobre todo para no olvidar", según afirma el autor en la nota final. El notable debut en la estrofa del narrador y ensayista Andrés Barba propone un autorretrato fragmentario a partir de la reconstrucción de la personalidad del padre, que se despliega en sucesivos *flash-backs* encadenados. Los ritos cotidianos, los viajes reales o mentales y las reuniones familiares ofrecen un estudio psicológico, a la vez irónico y compasivo, cuya lección no dista demasiado de la que impartió Nanni Moretti en *Mia madre*: afrontar la muerte es el primer paso para celebrar la vida.

La sentencia. Santiago Castelo. Visor. Madrid, 2015. 72 páginas. 10 euros.

Crónica natural. Andrés Barba. Visor. Madrid, 2015. 82 páginas. 10 euros.

Todo un experimento

Por Javier Aparicio Maydeu

NARRATIVA. LEMAITRE disfruta de lo lindo rompiendo convenciones y jugando con ellas porque las conoce bien y maneja los géneros con la habilidad de un prestidigitador. Es un maestro también en la concepción de sus narradores, siempre unidos con el aceite de la ironía y del desapego y adoptando tonos y puntos de vista singulares ("Qué curioso, la escena está como en suspenso").

En *Rosy & John* (sucenan a *Bonnie & Clyde*) hay un personaje central, el lunático Jean Garnier, que hace estallar un obús y pretende que exploten otros seis más en el centro de París, pero no hay duda de

Filosofar es aprender a morir

Apuntes sobre el suicidio, del británico Simon Critchley, no es un superficial alegato en favor de la autoinmolación, sino una confrontación con un tabú de nuestra cultura

Por Carlos Pardo

ENSAYO. EL BRITÁNICO SIMON CRITCHLEY (1960) no es únicamente filósofo. Catedrático en la New School for Social Research de Nueva York, especialista en el pensamiento de Emmanuel Lévinas y Jacques Derrida, sus libros son un ejemplo de escritor en un sentido amplio, con dotes literarias y pensamiento preciso. Como

sale airoso de las comparaciones. *Apuntes sobre el suicidio* es un libro cercano a su experiencia y, quizá por eso mismo, pudoroso y breve. Lo escribe en un momento de desmoronamiento como reflexión que imposibilita su propio suicidio: "Esto no es una nota de suicidio", comienza. Tampoco es un "tema para especialistas universitarios". Su modelo es una escritura que le sirva de anclaje

escribe. Y añade: "El mundo puede someternos al cautiverio, la humillación, el desencanto, la enfermedad... pero no puede arrebatarnos la posibilidad del suicidio. Pues en tanto conservemos este poder en nuestras manos, seremos, en un sentido mínimo pero real, libres".

Pero estos *Apuntes sobre el suicidio* no son un superficial alegato en favor del suicidio, sino una confrontación con un tabú de nuestra cultura: "Abrir un espacio para pensar acerca del suicidio como un acto libre que no debería ser objeto de repulsa moral o condenado en voz baja".

Por un lado, desmonta la idea del suicidio como crimen contra Dios o, en su versión moderna, contra el Estado. Por otro, no ahorra argumentos contra su estetización: el suicidio como homicidio en los actos terroristas, el suicidio como acto de fe irracional ("los verdaderos pesimistas no se quitan la vida") y el suicidio como herida narcisista.

Este último aspecto es quizá el más valioso del ensayo. Critchley analiza las notas de suicidio: "El suicida no quiere morir solo, sino en compañía de una o más personas, a quienes la nota va dirigida". Sobrecojen algunos ejemplos como: "Querida Betty: Te odio. Con todo mi amor. George".

Con elegante erudición, Simon Critchley dialoga con unos pocos autores: el libertino de comienzos del siglo XVIII Alberto Radicati, el poeta John Donne y su "derecho a la autodestrucción", el superviviente del Holocausto Jean Améry, suicida tardío, o el novelista francés Édouard Levé, autor de dos libros imprescindibles, *Autorretrato y Suicidio*, antes de suicidarse él mismo. También Camus, Blanchot, Gioran, Virginia Woolf... Y Hume, cuyo breve escrito *Sobre el suicidio* cierra este volumen.

De ellos extrae una idea que tiene tanto que ver con la muerte como con la vida: debemos aprender a vivir sin poder contestar a la pregunta por el sentido de la vida, cada instante como un éxtasis, la indiferencia del mundo como un don.



Foto: Artur Borzecki (Getty Images / Flickr RF)

ejemplo, algunos publicados en España: *La demanda infinita* (fundamentación ética del pensamiento libertario apoyada en Lévinas), *Muy poco... casi nada* (magistral historia del nihilismo), *Sobre el humor* ("el problema más serio que existe") o *El club de los filósofos muertos* (manual de filosofía a partir de la muerte de los filósofos). Además, Critchley participa, junto al novelista Tom McCarthy, en la Sociedad Necronáutica Internacional, un casi ficticio movimiento de "vanguardia estética", consciente de lo añejo de la etiqueta: mezclan ironía, situacionismo, experimentación, pensamiento político y trabajo en las redes.

A pesar de la cantidad de títulos sobre el suicidio (por ejemplo, el monumental *Semper dolens. Historia del suicidio en Occidente*, del sabio Ramón Andrés, recién publicado en Acantilado), Critchley

en el presente, zigzagante, erudita y bienhumorada. Es decir, Montaigne. *Apuntes sobre el suicidio* remite al ensayo *Que filosofar es aprender a morir*, donde Montaigne, partiendo

de una frase de Cicerón (cuyo origen está en el *Fedón*), encuentra la raíz del pensamiento especulativo en la conciencia de la muerte. También para Critchley la historia de la filosofía es paralela a la historia de la muerte voluntaria, desde el ejemplo del suicida Sócrates.

La presencia de este final garantiza nuestra libertad. "La capacidad de suicidarse es lo que nos identifica, cuando menos parcialmente, como humanos",

Apuntes sobre el suicidio

Simon Critchley
Traducción de Albert Fuentes
Alpha Decay
Barcelona, 2016
112 páginas
14,90 euros

que los protagonistas son el narrador y el policía Verhoeven, ambos sumamente insólitos y el aliciente principal de la novela junto con la literatura misma, entendida de forma lúdica y muy presente por medio de la transgresión de los códigos compartidos con el lector, la manipulación del género policial, el pastiche, el estilo indirecto libre (tan literario), ¡el autor convirtiendo a su protagonista en persona a la que debe convencer para que protagonice la trama!, los guiños a Emile Zola, la novela rosa y el folletín, tan caro a Lemaitre, al describir la biblioteca del delincuente, o las nóminas de escritores que el autor incluye en los agradecimientos porque dice haber contraído deudas con ellos: Proust, Carson McCullers, Pasternak o Muñoz Molina en *Alex*; Bernanos, García Márquez o Ishiguro en *Nos vemos allá arriba*. Bautiza con nombres propios de mujer las novelas de la tetralogía de su estrafalario detective de metro cuarenta y cinco, el comandante Ca-



Rosy & John
Pierre Lemaitre
Traducción de Juan Carlos Durán Romero
Alfaguara
Madrid, 2016
155 páginas
16,90 euros

mille Verhoeven, *Irène*, *Alex*, *Rosy & John* y *Camille*: un guiño a la tradición del realismo de Emma (Bovary), Eugénie (Grandet) o Jane (Eyre).

Se advierten sutiles referencias a la creación ("es 20 de mayo [...] y, con un poco de imaginación, podríamos creer que estamos en julio", "demasiado talento para ser policía; pero no el suficiente para ser artista"). Y guiños a su propia obra tam-

poco faltan. No en vano su literatura es un juego con la literatura, y que el amigo Garnier haga estallar precisamente obuses de la Primera Guerra Mundial es una broma que Lemaitre quiere gastarse a sí mismo a costa de *Nos vemos allá arriba* (2013), la novela con la que ganó el Premio Goncourt.

En sus novelas policíacas se diría que la literatura feliz vence siempre al crimen feo, y ya en *Irène* jugaba a que el caso que Verhoeven tenía que investigar se había inspirado en pasajes de *American Psycho*, de Easton Ellis, o de *La dalia negra*, de Ellroy. Y revista cierto interés saber que *Rosy & John* es la adaptación al papel del folletín digital que Lemaitre publicó en SmartNovel en 2012 con el título de *Les grands Moyens*. Nos lo confiesa el autor al final, "los episodios no debían sobrepasar las tres páginas de una pantalla, el tiempo que pasa un parisino en el metro entre dos transbordos". Un fantástico experimento de literatura creativa con perturbado al fondo.

EL PAÍS BABELIA 27.02.16 7